

## DATOS SOBRE EL CASTILLO DE ANZANO

**E**L castillo o granja de labor de Anzano que hoy conocemos, tuvo importancia en los primeros siglos de la Reconquista aragonesa como fortaleza unida al sistema de tenencias de la Sierra, dependiente unas veces de Bolea y otras de Puibolea. En ocasiones se le encuentra desligada de estas tenencias, formando un señorío amovible (F. Balaguer, ARGENSOLA, III, 347-355). En 10 de Agosto de 1232, Jaime I daba este castillo a Pelegrín de Atrosillo según el documento que publicamos a continuación. A principios del siglo xvi era señor de Anzano Ramón de Espés, que contrató con los maestros Juan de Balaguer, Guillén de Rories y Beltrán de Sorrosal la obra de un muro con tres portales (F. Balaguer, ARGENSOLA, II, 170). Todavía subsiste la iglesia medieval, descrita por Ricardo del Arco en su *Catálogo Monumental de Huesca*.

JAIME I Y LOS NOBLES ARAGONESES.—Era en verdad singular la psicología de los barones y nobles aragoneses del siglo xiii. De una parte eran sinceros y ardorosos admiradores de la monarquía, pero por otra se oponían cuanto podían al poder del rey y es que quizá cada rico-hombre opinaba que todos, menos él, debían doblegarse a la voluntad real.

Al advenimiento al trono de Jaime I, se desataron las pasiones de la nobleza que trató de conseguir el mayor provecho de un monarca al que por ser un niño de apenas nueve años, juzgaban presa fácil.

Dos grandes personajes se disputaban el poder. Eran éstos los infantes don Sancho y don Fernando, hijos del rey Alfonso II y tíos carnales por tanto del monarca de Aragón.

Al lado de don Sancho estaban don Pedro Ahones, don Eximen de Urrea, don Aznar Palacín, don Berenguer de Benaven, don Blasco Maza y otros.

Con don Fernando se colocaron don Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín, don Rodrigo de Lizana y don Blasco de Alagón, mientras don Pedro Cornell y don Vales de Antillón, por ser muy jóvenes y no tener formado criterio, tan pronto estaban con uno como con otro.

Solamente un rico-hombre, don Eximen Cornell, no tomaba partido porque no pensaba más que en el rey de Aragón.

Por eso, apenas salió Jaime I del castillo de Monzón, donde estaba al cuidado de los caballeros Templarios, hubo de tomar partido contra los más peligrosos y levantiscos apoyándose primero en el infante don Fernando y los suyos, menos ambiciosos que los partidarios de don Sancho. Pronto el ambicioso infante, ansioso de mayor poder del que el rey le diera, entró en razones con Guillén de Moncada, con Pedro Ahonés y con don Pedro Cornell, que se pusieron enfrente del monarca, quien hubo de enfrentarse con los sublevados, habiendo de sufrir la vergüenza de tener que retirarse ante el castillo de Loarre, que con su villa y la de Bolea había sido entregado al de Ahonés por Pedro II de Aragón como prenda de cantidades que el monarca aragonés le adeudaba. Conocedor el rey de la deslealtad de don Pedro, acudió con sus huestes con la intención de apoderarse de las susodichas villas y de la fortaleza, pero conocedor de que dentro estaban con Ahonés, don Fernando y Cornell y que el castillo estaba defendido por fuerte guarnición que tenía víveres para un año, decidió levantar el asedio.

Esta retirada fué como la señal de un levantamiento general de Aragón, cuyas villas y ciudades, a excepción de Calatayud, se pusieron al lado del infante don Fernando, de Pedro Ahonés y de Pedro Cornell. Jaime I hubo de refugiarse en Almudévar y más tarde en Pertusa. Aquí se le unieron las fuerzas de Guillén de Moncada, el antiguo rebelde, hoy partidario del rey y las de Folch de Cardona.

Tras de sufrir el rey la pérdida de Alcubierre, atacado por fuerzas del obispo de Zaragoza, hermano de Pedro Ahonés, el rey tomó la iniciativa conquistando Junzano y atacando el castillo de Lascellas. Estaban gozando de una tregua de ocho días, que el monarca concedió a los defensores de esta fortaleza, cuando llegaron al campo real don Pelegrín y don Gil de Atrosillo, para comunicar a su soberano que se dirigían a socorrer a los sitiados fuerzas de Zaragoza y de Huesca, reforzadas con las mesnadas de don Pedro Cornell y del infante don Fernando. Negóse Jaime I a seguir el consejo de don Pedro Pomar, que opinaba, que ante tan gran copia de guerreros como se avecinaban, debía levantarse el campo y tomar posiciones en un elevado cerro próximo. No llegaron las fuerzas anunciadas y el castillo se rindió al monarca, que pudo volverse a Pertusa.

Noticiosos los de Huesca de la rendición del fuerte de Lascellas, mandaron emisarios a su rey para comunicarle que estaban dispuestos a someterse. Dirigióse don Jaime a Huesca y en Santa María de Salas, a donde salieron a recibirle las personas principales de la ciudad, díjoles «que él no les quería ningún mal y que si favores habían recibido de sus mayores, no los recibirían menores de su mano y se comportaban como leales súbditos»<sup>1</sup>.

Con gran pompa y claras muestras de amor fué recibido don Jaime dentro de la ciudad, a tal punto, que tanto el monarca como sus acompañantes opinaron que no podía haber ficción en tan cálido homenaje. No obstante, la traición final estaba próxima y pronto hubo de convenirse don Jaime de que todo había sido hábilmente preparado para sorprenderle mejor. La misma noche del día en que don Jaime entró en Huesca, gran copia de gente armada empezó a reunirse en las puertas del real alcázar. Avisado el monarca de lo que acaecía, no quiso creer que los súbditos, que él creía leales, trataran de traicionarle y se entregó al descanso confiadamente, pero, como viera que al día siguiente las fuerzas armadas no se habían retirado de las puertas de su regia morada, el joven e impetuoso monarca abordó de frente la cuestión y convocó a consejo. Reunido éste, el rey habló a la nobleza y a los miembros del Concejo de la ciudad con toda claridad, prometiéndoles de pasada, que si los oscenses se colocaban decididamente a su lado él les prometía por su nombre y por la memoria de sus antepasados los reyes de Aragón, que «así como los anteriores les habían dado buenas leyes, que él había de conservarlas y que si les faltaran de las primeras él se las daría, tan buenas como las necesitaran». Sólo es necesario, añadió, «que esta guerra cese y en haber nos entre vosotros podéis conocer, que confío en vosotros y en vuestro amor y que tengo el propósito de reteneros cerca de mí y de amaros».

Contestaron los reunidos, que le agradecían en lo que valían sus palabras y que sobre el asunto tomarían acuerdo que sería comunicado a su señor.

Tuvo, sin embargo, el rey noticias de que no sólo habían tomado acuerdo alguno, sino que estaban cerrando las puertas de la ciudad y asegurándolas con cadenas. A la vista de estos sucesos tomó la determinación de salir cuanto antes de Huesca y para despistar a la nobleza y al Concejo hizo que, lo más públicamente que se pudiera, se llevaran carneros al palacio para preparar una gran comida, y mientras tanto, el monarca con su gente dirigióse a la puerta que daba al camino de Bolea y en vista de que estaba cerrada, obligó con amenazas al portero para que le entregara la llave, que dijo poseían los del Concejo, y así pudo burlar a los que querían apoderarse de su rey, y reunirse con las huestes de Folch y de Guillén de Cardona.

Dirigióse el rey de nuevo a Pertusa, con los pocos señores que le permanecían leales y entre los que figuraba don Pelegrín de Atrosillo, que estaba casado con Sancha, hija de Lope de Albero, a quien Jaime I, a ruegos de Pelegrín, liberó cuando Rodrigo de Lizana, sin previo desafío, le hizo cautivo y desposeyó de su villa de Albero y de su castillo encerrándolo en su fortaleza de Lizana.

En esta siempre fiel villa de Pertusa estaba Jaime I cuando recibió embajadores del infante don Fernando y de las ciudades de Zaragoza y Huesca, rogándole que, una vez más, les perdonara, pues se habían equivocado y querían volver a su obediencia.

El monarca, que no deseaba otra cosa, acudió a Alcalá y allí, tras palabras de don Fernando y de Guillén de Moncada, les perdonó y devolvió su gracia.

Fortalecido el poder real con estas paces, el monarca aragonés inicia la conquista de Mallorca, que, sometida con relativa rapidez, aumenta el prestigio del rey y le da ánimos para mayores empresas, que inicia desde el Bajo Aragón y las sierras albarracinenses, pero que suspende pronto para evitar el que como ocurre con Morella, rendida a las armas de don Blasco de Alagón, cayeran las más importantes ciudades levantinas en poder de otros señores aragoneses, quizá menos leales o condescendientes que el de Alagón que se resistieron, a requerimientos del monarca, a dar a su señor.

JAIME I Y EL CASTILLO DE ANZANO.—Vuelve de nuevo a tierras oscenses el monarca después de este largo intervalo antimusulmán para dar cima a otra interesante empresa, exclusivamente política ahora, en la que, por tanto, sobran las armas materiales para dar paso a las del intelecto y de la astucia. En este campo, no brilló ciertamente nuestro monarca, ni le sonrió la fortuna como cuando luchaba con las otras armas, ya que en este campo sólo cosechó derrotas, léase Corbeil, dígase Almisra o sea en esta ocasión Tudela.

Para dirigirse a Tudela volvía don Jaime a tierras altoaragonesas. En Tudela vivía retirado el rey de Navarra Sancho VII el Fuerte, mezcla de soñador y de aventurero, que residía en el castillo de Tudela sin bajar a la ciudad jamás, porque su inmensa gordura le impedía moverse y por otra parte él, avergonzado de su poco agraciada figura, no quería que le vieran sus vasallos, quizá para que no olvidaran al joven monarca que había ganado lauros inmarcesibles en la batalla de las Navas de Tolosa.

El rey de Navarra, que carecía de hijos, tenía como heredero directo de sus estados a Teobaldo, conde de Champagne, pero, como éste, impaciente, sin duda, porque el navarro a pesar del cáncer que decían padecía, no se moría, intentó proclamarse rey de Navarra, en vida de su tío, determinó enviar un mensaje al aragonés, deudo suyo asimismo, solicitando una entrevista en la cual «le haría tanta gracia y amor, que ningún rey le había hecho a otro».

Como Sancho no salía de allí, Jaime decidió ir a Tudela acompañado de don Blasco de Alagón, de Rodrigo de Lizana y de Ató de Foces.

En la entrevista, que fué por demás cordial, el navarro dijo al aragonés: «Enviamos por vos porque deseamos que el reino sea para vos mejor que para el de Champagne, ni para ningún otro hombre del mundo. Y prefiero decíroslo por mi boca que no que otros mediaren entre nos y vos. Pero ha de ser de este modo para que no digan los vasallos que no tomamos confianza: que nos os prohijemos y vos nos prohijéis. Es cosa probable que nos muramos antes que vos, porque nos tenemos setenta y ocho años y vos veinticinco»<sup>2</sup>. Dijo don Jaime que no podía hacer esto ya que había hecho jurar por su sucesor a su hijo el infante don Alfonso.

A estas razones del aragonés contestó Sancho que, aun cuando era cosa fuerte que él se aventurase con dos tan jóvenes, pero que lo haría de buena gana si los aragoneses le ayudaban en sus luchas contra los castellanos. Firmado el convenio y jurados como sucesores en ambos reinos unos y otro, marchó a Aragón don Jaime, pero nunca volvió a preocuparse más del asunto y cuando murió Sancho el Fuerte, al no reclamar sus derechos el aragonés, se entronizó en Navarra la dinastía francesa de Champagne.

Este hecho nos habla claramente de la poca habilidad política de Jaime I y del poco interés, a pesar de sus conquistas, por engrandecer sus estados aragoneses, máxime si tenemos presente los tratados de Corbeil y de Almizra y su decisión de dividir sus estados patrimoniales entre sus hijos Alfonso y Pedro y de la partición que, muerto el infante don Alfonso, realizó entre los infantes Pedro y Jaime. Durante este viaje, Jaime I<sup>3</sup>, queriendo quizá los buenos oficios y la lealtad que Pelegrino de Atrosillo le había demostrado, le daba el castillo y villa de Anzano a él y a su esposa Sancha por la heredad que éstos tenían en Pina.

Este documento fué firmado en Huesca y es de importancia para el estudio de Anzano y está fechado el día 10 de agosto de 1232. Traducido, dice textualmente:

«Sepan todos que yo PELEGRIN DE TROSILLO y yo DOÑA SANCHA LOPEZ, su esposa, por nosotros y todos nuestros sucesores, cambiamos, damos, concedemos y os entregamos perpetuamente a vos DON JAIME, por la gracia de Dios Rey de Aragón y del reino de Mallorca, Conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpellier y a todos vuestros sucesores eternamente, toda aquella nuestra heredad que tenemos en Pina, la misma que fué de mi tía, toda íntegramente, con sus casas y cabañas, con el horno y baño y con sus viñedos y parras y la heredad que fué de García Marín y la que fué de don Sancho y de su esposa, siendo en conjunto cien kafices de tierra. Todas las cosas sobre dichas y cada una de ellas con todas sus pertenencias tal como nosotros las tenemos y debe-

mos tener francas y libres para dar, vender, enajenar y pignorar, a vuestra completa voluntad os las cambiamos a vos Rey predicho y vuestros sucesores por el castillo y villa de Ançano, que recibimos a cambio de todas las cosas citadas. Así pues nos, Jaime rey predicho, por nos y nuestros sucesores, habiendo recibido las predichas heredades a cambio de Ançano, os damos, concedemos, y liberamos perpetuamente a vos Pelegrín de Trosillo y a doña Sancha, esposa vuestra, y a vuestros sucesores por heredad, el castillo y villa predichos, con los hombres y mujeres que allí habitan y han de habitar y con todos sus términos y pertenencias, construcciones, peajes, cenas, hostes y cavalcatas, con sus redenciones, con el mone-daje y con todo nuestro dominio, íntegramente, que allí tenemos y debemos haber por cualquier causa y razón sin ninguna retención, de tal modo que tengáis y poseáis el castillo y villa de Ançano, con todas y cada una de las cosas sobredichas, franco y libre, para darlo, vender, pignorar, enajenar y hacer perpetuamente vuestra voluntad.—Dado en Huesca, a 10 de agosto de 1232.—Firma de Pelegrín de Trosillo.—Firma de Sancha, su esposa—que esto concedemos y otorgamos.—Firma de Jaime, por la gracia de Dios Rey de Aragón, de Mallorca, Conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpellier.—De cuyo acto son testigos: F. Infante de Aragón, Rodrigo de Liçana, Egidio de Trosillo, García de Orta, Lope Ximeneç de Lusía, P. Maça, Bernardo Gallarín, Pelegrín de Holos, Sancho de Valls.—Firma de Guillermo, escribano, quien por mandato del Rey este documento escribió».

La fotocopia que transcribimos es propiedad de don Fidel Lapetra Yruretagoyena, actual propietario del castillo de Anzano.

VIRGILIO VALENZUELA

1. *Crónica del rey Jaime I*. El fragmento relativo a la entrada en Huesca fué publicado en la «Revista de Huesca», año 1905.
2. RÍOS LARMIERTI, *Jaime I*, 1941, pág. 109.
3. Sobre el itinerario del rey, cf. J. MIRET Y SANS, *Itinerari del Rei en Jaume lo Conqueridor* (Barcelona, 1918).

## D O C U M E N T O

1232, de agosto, Huesca

*Jaime I da a Pelegrín de Atrosillo y a su mujer doña Sancha el castillo y villa de Anzano, a cambio de varias heredades que ambos poseían en Pina.*

Arch. de la C. de Ar., Jaime I, n.º 466.

Notum sit cunctis quod Ego Pelegrinus de Trosillo et Ego dompna Sancia Lopiç ejus uxor, per nos et per omnes successores nostros cambiamus et donamus, concedimus perpetuo et laudamos vobis domino Jacobo, Dei gratia Rex Aragonum et Regni Maioricarum, Comiti Barchinonensi et Urgelli et Domino Montipesulani et vestris omnibus successoribus in eternum, totam illam nostram hereditatem quam habemus in Pina, sicut fuit de mea tia et de meo avolorio, totam integre, cum casis et casulibus et cum furno et balneo et cum vincis et cum parrallo. Et hereditatem que fuit de Garcia Morin et hereditatem que fuit de dominico Sancii et uxoris sue et sic sunt inter totum centum kafçate terre. Que omnia supradicta et singula cum omnibus suis pertinenciis et sicut nos eam habemus melius et habere debemus, francha et libera ad dandum, vendendum et pignorandum et alienandum et ad omnes vestras voluntates excambiamus vobis, domino Regi iam dicto et vestris successoribus per CASTRUM ET VILLAM scilicet de ANÇANO quod recepimus in excambio omnium predictorum. Nos itaque, Jacobus, Rex predictus, per nos et successores nostros recipientes predictas hereditates que cambio de Ançano donamus, concedimus et liberamus perpetua illam vobis Pelegrino de Trosillo et dompne Sancie uxori vestre et vestris successoribus per hereditatem castrum scilicet et villam predictam cum hominibus et feminis ibi habitantibus et habitaturis et cum terminis et pertinenciis suis cum petris precariis, pedidis, cenis, hostibus et cavalcatis et earum redemcionibus et cum monetaticis et cum toto dominio nostro integre, quod ibi habemus et habere debemus aliqua causa et racione sine omni retentione quam ibi nos facimus ullo modo quod castrum de Ançano et villam cum omnibus et singulis supradictis habeatis, teneatis et possideatis et expletetis franche et libere ad dandum, vendendum, impignorandum, alienandum et ad omnes vestras voluntates perpetuo faciendas. Data apud Oscam III idus Augusti, era millesima CCLXX.

Signum PELEGRINI DE TROSILLO. Signum SANCIE, uxoris eius, qui hoc concedimus et laudamus.

Signum JACOBI Dei Gracia Regis Aragonum et Regni Maioricarum, Comitis Barchinone et Urgelli et Domini Montipesulani.

Huius rei testes sunt: Dompnus Infans Aragonum, Rodericus de Liçana, Egidius de Trosillo, Garcia de Orta, Lupus Eximeniç P. Maça, Bernardo Gallerin, Pelegrinus de Holos, Sancius de Vallibus.

Signum GUILLELMI, scribe, qui mandato domini Regis hanc cartam scripsit.